

Compañero de vida

El Real Racing Club de Santander es una gran máquina de generar recuerdos, sensaciones, sentimientos. Sabe a domingos por la tarde, a pipas, a bocadillos de chorizo; también a frío y a lluvia, a gritos, a euforia, a lágrimas.

En mi caso, sabe además a noventa minutos sentada junto a mi padre, atenta a sus reacciones, a los cánticos del público, a intentar descifrar cada jugada, a adivinar los nombres de los jugadores, a regalices y a sol en la cara. A viajes en autobús, a conocer el Bernabéu, a intercambio de cromos, a niñez.

El Racing sabe a la sal del mar Cantábrico, a una ciudad que lo ha visto crecer, a más de cien años de vida. A celebraciones, a palabras de ánimo, a baños en la fuente de El Sardinero, a sueños rotos y muchos otros cumplidos. El Racing sabe a historia.

¿Recordáis, por ejemplo, lo que estabais haciendo hace casi seis años? ¿El 18 de mayo de 2008? Ese día el Real Racing Club de Santander, nuestro Racing, consiguió un hito: clasificarse para jugar la UEFA, uno de esos hechos trascendentales que los aficionados contarán a sus hijos y nietos. «Yo

estuve allí», «Yo lo celebré», «¿Ves esta cicatriz? Salté a la fuente y la euforia me tiró al suelo», dirán con nostalgia.

Bien. Yo no estaba en Santander para todo aquello.

Me encontraba en Bilbao. Por aquel entonces estudiaba Periodismo en la Universidad del País Vasco y ese fin de semana había decidido pasarlo allí. No recuerdo el porqué, solo la frustración que sentí el domingo cuando hablé con mi padre por teléfono y me contó lo que estaba ocurriendo en Santander. La fiesta en la calle, el entusiasmo de la gente, las miles de personas que se reunieron frente al Ayuntamiento para ver y escuchar a los jugadores. Y mientras tanto, una servidora permanecía sentada en la cama de la residencia en la que vivía deseando estar allí y sentir la alegría de la afición. Y gritar y llorar y saltar con ella.

La mañana del día siguiente la dediqué a recorrer el gran barrio en el que residía en busca de un periódico cántabro. Cualquiera que me contase lo que había ocurrido la tarde anterior. Quería ver fotografías, leer lo sucedido a través de sus protagonistas, tener entre mis manos un poquito de esa historia. Para conseguirlo visité media docena de quioscos. En algunos de ellos me felicitaban por el logro del Racing y yo solo acertaba a sonreír y dar las gracias. En otros, me preguntaban qué había ocurrido, ya que no era la primera persona que ese día pedía el mismo periódico.

Y yo les contaba orgullosa la histórica clasificación de ese equipo que es más que un equipo, más que un club, más que una veintena de jugadores. Es un sentimiento que se lleva dentro y que te impulsa a levantarte un lunes a las nueve de la mañana para salir en busca de una portada histórica. Es un compañero de vida.